

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

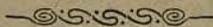
Sección Oficial

La Junta Directiva de la Academia Calasancia, en sesión extraordinaria celebrada el día 12 del actual, bajo la presidencia del señor Burgada y Juliá, acordó por unanimidad que constara en acta el sentimiento profundísimo que le había causado la muerte de mosén Jacinto Verdaguer, (Q. E. P. D.), asistir al entierro de este esclarecido poeta catalán, oficiar al Excmo. Sr. Alcalde constitucional de esta ciudad, dándole el pésame como genuino representante de Barcelona, y oficiar asimismo al Excmo. Sr. D. Ramón Miralles, felicitándole por la generosa hospitalidad que en su «Quinta Juana» de Vallvidrera prestó al autor de *L'Atlántida* durante la última enfermedad de éste.

Lo que se participa á los señores académicos para su conocimiento, encareciéndoles que ruegan por el alma de mosén Jacinto Verdaguer.

Barcelona 15 de Junio de 1902.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



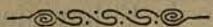
El día 29 del actual, festividad de San Pedro, se celebrará en el Palacio de Bellas Artes una solemne velada literaria y musical, organizada por las sociedades católicas de Barcelona en honor de S. S. el Papa León XIII, con motivo del XXV aniversario de su coronación pontificia.

Los Sres. académicos que deseen asistir á dicho acto, podrán recoger invitaciones en Secretaría desde el domingo próximo.

Barcelona 16 de Junio de 1902.

El Presidente,
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



MUERTE DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER

La triste noticia ha repercutido en todos los confines del mundo civilizado. El ilustre poeta; el genio por todos admirado, de todos conocido; el que ha dado páginas inmarcesibles de gloria á la literatura patria y á las catalanas letras, murió el día 10 del corriente en la «Quinta Juana» de Vallvidrera, propiedad de D. Ramón Miralles.

Desde muchos días antes, no cabía hacerse ilusiones sobre la prolongación de su preciosa vida, según las desconsoladoras impresiones que la ciencia transmitía acerca de la grave dolencia que abatiera aquel espíritu, en el cual encarnaban la inspiración del vate y el misticismo del asceta.

Pero á pesar de los funestos presagios, desgraciadamente cumplidos, imposible parecía por lo querido y admirado, que pudiera abandonarnos aquel varón ilustre cuyas geniales obras cautivaron nuestros sentidos, elevándolos á las regiones del arte en una de sus más hermosas manifestaciones.

Por esto, aun cuando prevista su muerte, la certidumbre de ella llegó á nosotros cual desgracia inmensa que hiere y aterra cuando menos se piensa.

¡Mosén Cinto muerto!

He aquí sintetizado un poema de duelo nacional en pocas palabras.

Si *mosén Cinto ha muerto*, y aun cuando nos deja en sus obras un nombre y un recuerdo que vivirá siempre con nosotros y tras nosotros pasará á futuras generaciones rodeado de una aureola de gloria perenne é imperecedera algo que será como su espíritu que con el mundo quede, el dolor de tener que dejar en la tumba sus mortales restos sólo puede compensarse pensando que en el Cielo habrá recibido á estas horas su alma el premio de quien pasó por la tierra teniendo constantemente fijos en aquél sus ojos y cantándonos en sublime lirismo las glorias de la religión, de la fe y de la patria.

Por que así sea fervorosamente elevamos nuestras preces al Señor.

DATOS BIOGRÁFICOS

Nació mosén Jacinto Verdaguer en la barriada de Riudeperas, municipio de Folgarolas (Barcelona), en 17 de



Mossén Jacinto Verdager

Abril de 1845. Hijo de padres modestos, siguió en Vich la carrera eclesiástica, distinguiéndose desde sus primeros años por sus aficiones literarias.

En 1861 obtuvo en los *Jochs Florals* de Barcelona un premio extraordinario por su poesía á la muerte del concejler *en cap* Rafael de Casanova y un accésit por la poesía. *Los minyons de 'n Veciana*; y en 1866 en el mismo certamen obtuvo tres accésits.

A estos éxitos siguieron algunos años de silencio, durante los cuales Verdaguer terminó su carrera sacerdotal, ordenándose de presbítero en 1870.

En 1873 reapareció en el palenque de la poesía y en 1877 publicó y fué premiado su célebre poema *L'Atlántida*, de la que se han hecho ediciones en castellano, traducido por D. Melchor de Palau, y también en francés, inglés, italiano, provenzal, alemán, etcétera.

En 1883 obtuvo premio por su *Oda á Barcelona*, de la que hizo nuestro Ayuntamiento una numerosa tirada, lo propio que ocurrió en Manila donde fué traducida al castellano.

Verdaguer deja además publicadas y todas ensalzadas por la crítica y la opinión y el sentimiento artístico que innato tiene dentro de su ser el pueblo español, las siguientes obras:

Canigó, admirable poema heroico que se refiere á una leyenda pirenaica del tiempo de la reconquista, traducido al italiano por la poetisa de aquel país María Cicer, en colaboración con D. Luis Bussi.

Idilis y cants místichs, también vertida al castellano.

Cansons de Montserrat y Llegendas de Montserrat, ambas publicadas en Vich, en 1880.

Caritat, á favor de las víctimas de los terremotos de Andalucía, (Barcelona 1885).

Patria (1888).

Cántichs religiosos pel poble (1887).

Lo somni de Sant Joan (1887), traducida al castellano y al francés.

Jesús Infant (1890-93-95).

Excursions y viatjes.

Nerto, traducción del poema provenzal de Federico Mistral.

Dietari d'un pelegrí á Terra Santa (1888).

Roser de tot l'any (1894).

Sant Francesch, poema (1895).

Flors del Calvari (1896).

Santa Eularia, poema.

Flors de Maria, ramillete de poesias dedicadas todas á la Virgen Santísima y precedidas de un prólogo que es un hermoso y erudito estudio de las flores marianas y nuevo trasunto del delicado y hondo misticismo del gran poeta.

Al empezar la impresión de este último libro, Verdaguer había caído ya en el lecho postrado por la cruel y larga enfermedad que le ha llevado al sepulcro. Esta debía ser la última obra y dispuso que el primer ejemplar de la misma fuese dedicado á S. M. la Reina doña María Cristina, que iba á dejar la Regencia en los mismos instantes en que el poeta se despedía de la vida. La Soberana aceptó con satisfacción tan delicada fineza, haciendo público su reconocimiento al ilustre autor.

Nadie ignora que uno de los primeros actos de don Alfonso XIII al sentarse en el Trono de sus mayores ha sido el de otorgar á Verdaguer merecida recompensa á sus méritos, concediéndole la Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII y enviándole un telegrama, que ha venido á constituir el último florón de gloria recogido en vida por el poeta.

Mosén Jacinto Verdaguer, el ilustre épico, el gran místico, era ante todo un sacerdote ejemplar que dedicó entera su vida á la gloria de Dios y al bien de sus semejantes. Digno epílogo de su cristiana vida ha sido su santa muerte á la que ha llegado con la resignación del justo, después de recibir con gran fervor los Santos Sacramentos y la bendición especial que Su Santidad León XIII le envió por telégrafo.

R. I. P.

EL REY Y EL POETA

«El Rey á Mosén Jacinto Verdaguer.
En este momento firmo con gran satisfacción el decreto relativo á la Gran Cruz de Alfonso XII para V., como testimonio de admiración al poeta eximio, que es una gloria nacional.

(Telegrama expedido en 5 de Junio de 1902.)

«El Rey á Mosén Jacinto Verdaguer.» ¡Qué grandeza en esta simple dirección de un telegrama, que parece cabecera de algún mensaje legendario!

Para sentir la emoción de esta grandeza, es necesario po-

der sentir aun esta palabra: Rey, y esta otra palabra: Poeta. El prestigio cuasi sobrehumano del nombre del Rey ya no es capaz de sentirlo por completo sino el pueblo, el pueblo espontáneo, el pueblo sin media ilustración, el pueblo lejano allá en los campos y montañas vírgenes de mitins, ó el que sobrevive á pesar de todo como manantial perenne de la espontánea vida nacional bajo la superficie agitada de las grandes poblaciones. El prestigio semi-divino del poeta sólo pueden sentirlo los soñadores del gran sueño.

Para los despiertos, los cultos, los prácticos, estas palabras: «El Rey á Mosén Jacinto Verdaguer», dirán bien poca cosa. Los que saben cómo se hace un rey según las recetas del derecho constitucional, y conocen las ventajas é inconvenientes de la institución monárquica comparada con otras, y de la monarquía hereditaria comparada con la electiva, y han seguido sus antecedentes y vicisitudes en la historia y han juzgado dinastías enteras, y han apreciado la oportunidad y la conveniencia de tener rey un día sí y otro no, éstos habrán mirado friamente el telegrama del *Jefe del Estado* al *catalán ilustre* y habrán formado juicio sobre este acto político de los consejeros responsables, poniéndolo en la balanza, en el platillo opuesto á aquel en que pesan tantos actos impolíticos, y habrán medido el valor de tal contrapeso dentro de la fatal incoherencia de la política madrileña respecto á Cataluña.

Nosotros no pudimos hacer esto. Al aparecérsenos estas palabras «El Rey á Mosén Jacinto Verdaguer», sentimos vibrar cuanto de atavismo popular y de anhelo poético del porvenir duerme y sueña en el fondo de nosotros mismos, y quedamos como encantados.

Algo así nos sucedió muchos años hace, una de las veces en que el Rey D. Alfonso XII estuvo en Barcelona. Estudiábamos, no teníamos aún veinte años, y *nuestras convicciones* eran republicanas. Acudimos á la parada militar que se daba al Rey, bien penetrados de que íbamos á ver á un hombre como los demás, de que asistíamos á un simple espectáculo. Un estudiante de veinte años no se deja engañar fácilmente: lo tiene todo juzgado: todo. Pero he aquí que se oye un agudo toque de corneta, se inicia un gran movimiento de atención en la multitud, las tropas presentan las armas, las músicas rompen á tocar la Marcha Real; y, al trote de su caballo, seguido de brillante cabalgata, avanza un joven... que no es un hombre como los demás: es el Rey. Y el estudiante de arraigadas convicciones republicanas siente un hormigueo en todo su cuerpo, una oleada de emoción, y descubre su

cabeza, y de su pecho arranca un grito, un ¡viva! tan involuntario como sincero. El Rey ha pasado. El estudiante se siente monárquico sin haber perdido ni una sola convicción republicana. ¡Era el Rey!....

Asimismo ahora..... salvo lo de las convicciones. «El Rey á Mosén Jacinto Verdaguer.» Por encima de las grises muchedumbres, y del polvo de sus pasos, y del vaho de sus pasiones, en la serena región de las majestades, hemos visto la majestad sonriente de un Rey cuasi niño..... pero que no era un niño como los demás..... saludar la majestad del poeta moribundo.

De las puertas de la vida á las puertas de la muerte se ha cruzado un saludo entre majestades; pero sólo los que duermen y los que sueñan han podido percibir su profunda armonía.

La voz juvenil del Rey ha dicho: «He ahí mi tributo de admiración al poeta que es una gloria nacional.» Y la voz desfallecida del poeta ha debido reforzarse en la voz del que representa al pueblo para contestar su agradecimiento. El pueblo ha surgido entre el Rey y el poeta levantando su voz á la región serena, y allí se ha encontrado en armonía entre las majestades.

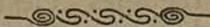
Este momento inefable no pueden olvidarlo ni el pueblo ni el Rey: el poeta moribundo les ha unido en una armonía: en la *gloria nacional* que ha dicho el Rey de España, Cataluña ha entendido la suya, sin sentirse desacorde con la voz Real.

De la región serena de los acordes trascendentales entre majestades, pueda esta armonía descender á alegrar al pueblo en lo más profundo de sus entrañas. Esto será si el Rey se mantiene en la alta esfera donde los reyes pueden alternar con los poetas, y si el pueblo sabe levantar hasta ella de continuo su voz vibrante y pura.....

Hasta aquí habíamos escrito..... y la triste y temida nueva ha resonado. ¡Verdaguer ha muerto! Enmudezca hoy todo, menos la oración de un pueblo acompañando un alma á Dios.

J. MARAGALL.

(Del *Diario de Barcelona*.)



LA POESIA DE VERDAGUER

Cuando recibí la noticia triste de que Dios había llamado á su seno á Mossén Jacinto Verdaguer, no sé porque extraña asociación de ideas vinieron á mi mente unas palabras de Mistral con motivo de la aparición de *L'Atlántida* de nuestro poeta lírico, que la correcta pluma de Melchor de Palau ha traducido así: «¡Oh cantor insigne! habéis cumplido con creces las promesas que de joven hicísteis. Recuerdo aun aquellas magníficas fiestas de Barcelona en que os encontré, y en que, modesto estudiante, cubierta la cabeza con la barretina morada, os acercásteis á mí con tanta gracia como entusiasmo; todos bien lo recuerdo, confiaban en vos: *¡Tu Marcellus eris!* habéis realizado centuplicadas las esperanzas que en vos fundó la patria.»

Y digo mal que no sé de que modo recordé tales palabras ya que me explico perfectamente este fenómeno psíquico teniendo en cuenta que Verdaguer tuvo siempre un alma infantil, alma de niño llena de ingenuidad y de la sencillez de los infantes.

Por tener un alma tan infantil pudo sentir las divinas inspiraciones que le convirtieron en el poeta místico español de nuestros tiempos, pudo coger la trompa épica y ser el gran épico catalán, el único épico español.

El misticismo nace en las almas puras, en las almas sencillas y delicadas que no se hallan despojadas de los celestes dones, cuyo candor no ha podido arrancar la ponzoña de la impureza de la vida. Mossén Cinto poseyó un alma de esa clase y por esto sus obras fueron admiradas y leídas como cantos de ángel.

Nuestro poeta hallábase enamorado de otro místico español: San Juan de la Cruz el mejor modelo que escoger pudiera para seguirle y llegar á hermanarse con él. Hablar del poeta castellano y del poeta catalán en nuestros días, parece no cuaja en este siglo realista por excelencia heredero del anterior que desnaturalizó la poesía apartándola de su verdadera fuente de inspiración para buscarla en la inmundicia social, en descarnados episodios y en repugnantes escenas.

Y sin embargo Verdaguer sobresale sobre todo esto, supo levantar su alma á las regiones celestes y porque el espíritu añora aquella patria de bienandanza por esto se siguió al poeta, por esto se aplaudieron sus himnos y canciones. Vivió

en el mundo sin conocer sus estratagemas é hipocresías y por creer que todo era como él bueno, alguna vez resbaló á vuelta de sus idealismos.

Resulta atrevido hablar hoy de San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Verdaguer... y demás poetas místicos cuando la poesía se halla alocada por una filosofía mal sazónada, peor condimentada y malamente digerida y se hace preciso para hablar de Verdaguer abstraernos de toda vida actual y pedir á la poesía nos abra las puertas de su jardín florido para ir allí y ver sus flores más lozanas, cual es el aroma más puro, que perfume extasía al percibirlo para encontrar como la más excelente la flor del misticismo hermosa, fragante y sencilla.

La poesía de Verdaguer es esta poesía hija del cielo, en el cielo formada y al calor de los ángeles nacida; es obra de serafines, destello de Dios toda poesía; es rayo de amor descendido de la mansión divina para con sus encantos descubrirnos algo de la externa felicidad; es la materialización en el lenguaje de una idea elevada y pura. Un ideal ha inspirado á todos los poetas y este ente abstracto que ha templado la lira de Mossén Cinto es la trilogía sublime de la Patria, de la Fe y del Amor á lo grande, síntesis de cuantos ideales pudieran tener los poetas que para serlo ha sido preciso elevaran himnos de amor á su Dios y entusiastas ó elegíacas composiciones á su Patria.

Verdaguer es nuestro gran poeta, nuestro único poeta precisamente porque supo hallar con exactitud estas fuentes de inspiración fecunda y enamorado del cielo, al cielo elevó su alma en busca de numen y el cielo hizo ver á cuantos se solazaron con sus composiciones. Porque para ser verdadero poeta es preciso algo más que imaginación rica y exuberante, es preciso algo más que sensibilidad estética, es necesario tener alma de creyente, es necesario sentir la Belleza Suma. Estudiar las obras de Verdaguer será imposible sino se estudia también su espíritu, si no se siente el psíquico de Mossén Cinto; siempre los críticos hallaron un no sé que misterioso, un aroma embriagador que despiden sus versos que no se comprenderá perfectamente, sino se descubre entre aquellas poesías un alma pura y delicada poseída del amor divino que canta como pulsó Juan de la Cruz su lira en pos del Bien Amado.

Es el verdadero misticismo lo que da vida á las poesías líricas de Verdaguer y lo que hace sea considerado como nuestro gran poeta subjetivo, el único verdaderamente místico de

la poesía catalana, el gran místico nacional. Es el suyo un misticismo puro, sin bastardeos de ninguna clase, el que eleva el espíritu á las regiones tranquilas y serenas de lo Eterno, el que aprisiona el alma con las dulces cadenas del Amor purísimo.

Bien quisiera hablar más de esta poesía de Mossén Cinto al dedicarle hoy amargamente dolorida el alma por su pérdida, un pequeño tributo de admiración en este número, pero el dar á estas impresiones personales el valor de una crítica sería demasiada petulancia en mí y tengo la suerte de conocer hasta donde llegan mis fuerzas para no pretender hacer un estudio de las composiciones del poeta, difíciles de juzgar por lo cual es preciso esperar que otro genio como él lo haga. ¿Cuándo será esto? Tal vez mañana, pero para mí tengo que ser obra de mucha meditación y no hecha á la ligera.

Nuestro Homero necesita un crítico que á las condiciones de tal reúna las facultades de artista y artista completo. Solo Menéndez Pelayo ó alguno de sus discípulos como Rubió y Lluch puede realizarlo y es de desear que así sea. Porque es preciso para llevar á cabo tal empresa ser un verdadero conocedor y amante de la literatura, que Verdguer no fué sólo místico, fué un poeta completo y acabado que si halaga y extasia el espíritu con sus canciones á la Fe, entusiasmo y hace sentir con ímpetu con sus atléticas epopeyas, que sólo es dado hacer á vates excelsos como el ciego de Grecia ó el autor de la *Divina Comedia*. No es atrevida la comparación y no es hija de una admiración desmedida: léanse las obras de aquéllos y si se hace lo propio con *L'Atlántida* y *El Canigó* se verán vibrar en éstas las mismas cuerdas épicas que templaron Homero y Dante.

Además hay otra consideración importante para colocar á Mossén Cinto el primero entre nuestros mejores talentos. La lengua catalana se hallaba aletargada y si todo idioma tiene sus primeras manifestaciones en la poesía, el despertar de los mismos lo realiza también ésta y por esto hacia falta que poetas verdaderos, de inspirada pluma é imaginación genial arrancaran nuestra lengua del letargo en que yacían y entonces «á principis del mes en que florexen los ametllers en les encara gelades vores del Llobregat, s' hi sentí tot plegat l' espignet d' una cornamusa tocant ayres y tonades de la terra. Les cançons del Gayter del Llobregat ressonaren ben prompte per tot Barcelona y de ribera en ribera y d' afrau en afrau per tot Catalunya. Tothom les llegí y les trobá fresques, bonicoyes y encoratjadores com un himne d' esperança y per

tots indrets se sentiren paraules d' estranyesa barrajades ab mots d' entusiasme y admiració.—Ara veyeu, deyan tots, y 'l catalá es bo per tot; tant serveix per fer plorar com per fer riure; es una llengua forta y varonil per cantar la patria y emsemps es blana, tendra y amorosa per axecar himnes á Deu. ¡Ara veyeu, qui 'us ho havia de dir!»

Estas palabras de Verdaguer aplicadas á Rubió y Ors, á quien llama él su maestro, tienen perfecta aplicación á quien tan hermosamente las escribió que me ha parecido profanación el traducirlas y si Rubió y Aguiló empezaron á probar que el catalán vivía aún y era capaz de producir monumentos literarios de gran valía que traspasando Cataluña gustaron su dulzura los poetas de toda Europa, Verdaguer llevó á mayor altura la labor de sus *padrins de baptisme*, hablando en la lengua catalana de Dios, como si lo viera, y escribiendo en ella esos inmortales poemas épicos.

Ixart temía que su lenguaje no fuera demasiado castizo hasta el punto de que ni aún los más conocedores del mismo lo entendieran, porque sin conocer *L' Atlántida*, el primero de dichos poemas, su espíritu sagaz comprendió que tenía que estar escrita con toda pureza de idioma porque los demás poetas sin exceptuar á Rubió y Aguiló no habían podido substraerse de la influencia castellana en la lengua nativa pero Verdaguer estaba exento de ella, pues no sabía escribir en castellano y apenas lo conocía.

Por esto hizo resucitar más que nadie la lengua de Ausias March y si al principio muchas palabras, muchos giros no se entendieron, despertó la lengua y lo que antes se consideraba anticuada se apreció luego como bellezas del idioma de Cataluña.

El nombre de Verdaguer vivirá eternamente, mientras se hable el catalán se revenciará á Verdaguer, más aún Verdaguer vivirá aún cuando desapareciera nuestra lengua. ¿No es digno, pues, nuestro poeta de que se le honre?

Digno y muy digno es de perenne recuerdo, de todos los honores y de que la fama pregone sin cesar su nombre á la posteridad. El genio vivirá siempre, los despojos mortales de Verdaguer podrán corromperse, pero su obra presidirá los siglos mientras su alma more al lado de su Jesús, su enamorado Esposo.

Contribuyamos con nuestras oraciones al eterno descanso del poeta.

COSME PARPAL Y MARQUÉS.

DEVANT LO CADAVRE DE MOSSÉN JACINTO VERDAQUER

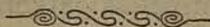
*Vivis Sion lugent.**Los carrers de Sión ploran Thren. 1-4.*

MOSSÉN CINTO, la patria prou vos plora,
 y no la aconortau;
 ¡Ah! la patria, que com jardí s' esflora,
 vos te de dir, des que us anyora,
 lo trist «al Cel siau».
 Resta muda penjada vostra lira
 prop del cadavre mut,
 y nostre poble aclaparat s' ho mira,
 y per vos sospira que sospira
 vellesa y joventud.
 En vos veu post lo Sol que resplandía
 ab llums de fe y amor;
 nos estimavau com son Gojat l' aymía,
 y ara aquell vers dolç com l' ambrosía
 ¡qu' amarch nos posa 'l cor!

MOSSÉN CINTO, la patria prou vos plora,
 y no l' aconortau,
 ¡ah! la patria que com jardí s' esflora
 vos te de dir, des que us anyora,
 lo trist «al Cel siau».

JOSEPH TEIXIDÓ, E.

Barcelona, divendres octava del Sagrat Cor de Jesús, dia del enterro.



ODA A BARCELONA

Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y en belleza única.

CERVANTES.

Quan á la falda 't miro de Monjuich seguda,
 m' apar veuret als brassos d' Alcides gegantí,
 que per guardar sa filla del seu costat nascuda
 en serra transformantse s' hagués quedat aquí.

Y al veure que traus sempre rocam de ses entranyes
 per tots casals, que creixen com arbres ab sahó,
 apar qué diga á l' ona y al cel y á les montanyes:
 Miraula; òs de mos òssos, s' es feta gran com jol—

Perque tes naus, que tornan ab ales d' oreneta,
vers Cap del-Riu, en l' ombra no 's vajan á estellar,
ell alsa tots los vespres un far ab sa má dreta
y per guiarles entra de peus dintre la mar.

La mar dorm á tes plantes besantles com vassalla
que ascolta de tos llabis lo *còdich* de sas lleys,
y si li dius jarrera! fa lloch á ta muralla
com si Marquets y Llansas encara 'n fossen reys.

Al naixer amassona, de mur te coronares,
mes prompte ta creixensa rompé l' estret cordó;
tres voltes te 'n cenyires, tres voltes lo trencares,
per sobre 'l clos de pedra saltant com un lleó.

¿Perqué lligarte 'ls brassos ab eix cinyell de torres?
no escau á una matrona la faixa dels infants;
més val que l' enderroques d' un colp de má y esborres;
¿murallas vols ciclópeas? Deu te les da més grans.

Deu te les da d' un rengle de cimas que 't coronan,
gegants de la marina dels de montanya al peu,
que ferms de l' un á l' altre les aspres mans se donan,
formant á tes espatlles un altre Pyrineu.

Ab Montalegre encaixa Nou-pins; ab Finestrelles,
Olorde; ab Collserola, Carmel y Guinardons;
los llits dels rius que segan eix mur son les portelles;
Garraf, Sant Pere Martir y Mongat, los torreons.

L' alt Tibidado, roure que sos plansons domina,
es la superba acrópolis que veilla la Ciutat;
l' agut Moncada, un ferro de llansa gegantina
que una nissaga d' héroes clavada allí ha deixat.

Els sian, ells, los termes eterns de tot aixamples;
dels rònechs murs á trossos fésne present al mar,
ahont d' un port sens mida serán los brassos amples
que 'l pujan ab sos boscos de naus empresonar.

Com tu devoran marges y camps, y 's tornan pobles
los masos que 't rodejan, ciutats los pagesius,
com nines vers sa mare corrent á passos dobles;
¿á qui durán llurs aygues sinó á la mar, los rius?

Y creixes y t' escar pes: quan la planicie 't manca,
t' enfilas á les costes doblante á llur jayent;
en totes les que 't voltan un barri teu s' embranca,
que, onada sobre onada, tu amunt vas empenyent.

Geganta que tos brassos abuy cap á les serres
estens, quan hi arribes demá, ¿donchs, què farás?
farás com eura inmensa que, ja abrigant les terres,
puja á cenyir un arbre del bosch ab cada brás.

¿Veus á ponent esténdres un prat com d' esmeralda?
un altre Nil lo forma de ses arenes d' or,

ahont, si t' estreteja de Monjuich la falda,
podrian aixamplarse tes tendes y ton cor.

Aquelles verdes ribes florides que 'l sol daura,
Sant Just Désvern que ombrejan los tarongers y pins,
de Valldoreix los boscos, de Hebron y de Valldaura,
teixeixen ta futura corona de jardins.

¿Y aqueix esbart de pobles que riuhen en la costa?
son ninfes catalanes que 't venen á abrassar,
gavines blanquinoses que 'l vent del segle acosta
perque ab tes ales d' áliga les portes á volar.

La Murta, un jorn, la Verge⁷del Port, la Bona-nova
serán tos temples, si ara lo niu de tos amors;
los Agudells, en blanca mudant sa verda roba,
abaixarán ses testes per ser tos miradors.

Junyits besar voldrian tos peus ab ses onades,
esclaus de ta grandesa, Besòs y Llobregat,
y ser de tos reductes troneres avansades
los pits de Catalunya, Monseny y Montserrat.

Llavors, llavors alftémer que 'l vols per capsalera,
girant los ulls als Alpes lo Pyrineu vehí
demanará, aixugantse la blanca cabellera,
si la París del Sena s' es trasplantada aquí.

—No,—respondrá ma pátria,—de mi y la mar es filla;
d' un bes de ses onades, com Venus, m' ha nascut;
persò totes les aygues diguérenli pubilla,
persò totes les terres pagárenli tribut.

Persò da duchs á Athenas y Comtes á Provensa,
y per bandera á Espanya da un tros del seu penó:
persò *ni un peix se veyá dintre la mar inmensa
sens dur al dors grabades les Barres d' Aragó.*

Persò fou sempre l' astre d' Orient per les Espanyes:
ab una má hi posava de Gutenberg lo flam,
carrils-de-ferro ab l' altra; y, un fill de ses entranyes (1)
fou qui primer va pendre per missatger lo lamp.

Sos peus dintre l' escuma, son front en ple mitx dia,
miráula allá jayenta si n' es de hermosa y gran;
apar, oh Catalunya, ton geni que semia
les glories que passaren, les glories que vindrán.

Miráula: santa Eularia la abrigo ab sa bandeia,
sant Jordi la defensa del infernal dragó,
y gula, quan rescata catius, sa nau velera,
apareixent pels ayres l' Estel de Cervelló. (2)

(1) Salvá. Memorias de la real Academia de ciencias. (N.º primer.)

(2) Santa Maria del Socós, religiosa de l' orde de La Mercé, fundada en Barcelona en temps de Pon Jaume.

La voltan de sos hèroes les bèliques imatges,
 los Ataulfos, Jofres, Borrells y Berenguers,
 Ramon lo de l' espasa, Ramon lo dels *Usatges*
 y arrossegant sa túnica de dol los Fivallers.

Per Barcelona Balmes deixá del Ter les ribes
 com áliga novella quan aixecava 'l vol;
 en ella trau del marbre Campeny imatges vives,
 y pasta en sa paleta Fortuny la llum del sol.

D' assí Roger de Lluria sortia, al vent de gloria
 movent ses naus les ales com un esbart d' aucells;
 jamay, jamay lluytaren sense cantar victoria;
 sovint dugueren presos rosaris de vaixells.

Aquí Don Joan d' Austria les àncores aferra,
 duhentli de Lepanto llores; allí Colón,
 tornant d' aquell viatge que duplicá la terra,
 als peus dels Reys Catòlics feu rodolar un món.

De Bellesguart li restan perfums; de les despulles
 del Rusch de Valldonzella, perfums y dolsa mel.
 Entre tallers y fàbriques té campanars y agulles,
 com dits que entre boyrades de fum signan lo cel.

Com dos soldats que hi restan d' una legió romana,
 té dues torres, guaytes del seu mural antich;
 y, gos de presa vora son amo, la Adrassana
 que per lladrar s' aixeca quan trona Montjuich.

Pla amunt se veu Pedralbes, hont s' ou la canticela
 dels àngels de la terra pel cel aletejant;
 y de Mar-bella vora l' espill, la Ciutadela,
 per fer de jardinera ses armes trossejant.

Té á un cap Sant Pau, á l' altre Sant Pere de les Puelles,
 Santa Maria, estrella del mar, y la del Pi;
 y entre eixes flors li naixen del art gentils poncelles:
 jamay tanta florida s' es vista en son jardí!

Mes ay! com entre 'ls arbres del bosch la fulla d' eura,
 lo cor s' aferra als temples y monuments més vells,
 y, en hores de misteri, d' amats recorts s' hi abeura,
 sentintlos con conversan y conversant ab ells.

De sant Miquel, oh temple, que 'ls Angels construhieren,
 anys há que jaus en terra dels homes oblidat,
 y encara apar que 'l cerquen y de dolor sospiren
 los gòtics sants de pedra de casa la Ciutat!

Ja que hant perdut per sempre tan dolsa companyia,
 vejessen cara á cara Sant Just y Sant Pastor;
 Santa Agata en sa hermosa capella sonriuria;
 en cel y en terra 'ls àngels se tenen tan amor!

Sant Jordi de l' Audiencia volt veure Santa Clara;
 l' antich Palau dels Comtes anyora 'l del Concell.

¡Oh! atèrra eixa cortina de cases que separa
l' estàtua de Don Jaume del seu real Tinell.

En mitx d' aqueixa plassa, que no tindrà segona,
les tres columnes d' Hércules quan mire 'l viatjer,
creurá veure les Gracies, per ferte de corona,
de brassos enlassades, dansant en ton verger,

Aplica á tos nous barris aqueix inmens escayre,
que al restaurarte Amilcar-Barcino te deixá;
per eix gran pórtich deixa passar la llum y l' ayre;
la Creu res ha de témer d' un trípode pagá.

La Creu que allí Sant Jaume plantaba há vint centuries,
domina com un cedre los arbres del país.
té nius y fruyts de vida, murmuris y canturies,
més pur tornant al Táber son *Hort del Paradis*.

Ab son mantell de pedra nuat ab gótics llassos
la abriga, alsant als núbols sos campanars la Seu,
y com si fos Don Jaume que aixeca al cel los brassos
apar que se 'n esbombe sa tronadora veu:

—Avant, ciutat dels Comtes, de riu á riu ja estesa,
avant, fins hont empenga ta nau l' Omnipotent:
t' han presa la corona, la mar no te l' han presa;
del mar ets reyna encara, ton ceptre es lo trident.

La mar, un día esclava del teu poder te crida,
com dos portells obrinte Suez y Panamá:
quiscun ab tota una India rienta te convida
ab l' Assia, les Amériques, la terra y l' Océá.

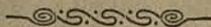
La mar no te l' han presa, ni 'l pla, ni la montanya,
que s' alsa á tes espatlles per ferte de mantell,
ni eix cel que fora un dia ma tenda de campanya,
ni eix sol que fora un dia faró del meu vaixell;

ni 'l geni, aqueixa estrella que 't gufa; ni eixes ales
l' industria y l' art, penyores d' un bell esdevenir,
ni aqueixa dolsa flayre de caritat que exhalas,
ni aqueixa fé... y un poble que creu no pot morir.

Ton cel té encara totes ses flors diamantines;
la pátria té sos héroes, ses lires los amors;
Clemencia Ysaura encara de roses y englantines
fa cada primavera present als Trobadors.

Lo teu present espléndit es de nous temps aurora;
tot somiant fulleja lo llibre del passat;
treballa, pensa, lluyta, mes creu, espera y ora.
Qui enfonza ó alsa 'ls pobles es Deu, que 'ls ha creat.—

† JACINTO VERDAGUER, *Pore*.



JUBILEO PONTIFICIO DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

COMISIÓN DE PEREGRINACIÓN Á ROMA.

Católicos de la diócesis de Barcelona:

En la larga y nunca interrumpida sucesión de esta augusta dinastía de Vicarios de Jesucristo que cuenta diez y nueve siglos de gloriosísima existencia, sólo cuatro Pontífices han logrado inaugurar el 25.º aniversario de tan suprema como sagrada dignidad.

Es, pues, el Jubileo Pontificio un acontecimiento muy raro en los fastos del Pontificado, y por lo mismo, señal elocuentísima de la especial providencia con que Jesucristo Redentor vela por su Iglesia santa, ya que la historia nos demuestra con evidencia incontrastable que Dios ha suscitado en toda ocasión el Caudillo escogido que las circunstancias exigían para que su esposa inmaculada triunfara de las asechanzas de sus terribles adversarios y para conducir al pueblo fiel por el único camino de salvación y vida, en medio de las pavorosas tempestades suscitadas por las impotentes iras del averno.

Motivo es, en verdad, para nosotros de inefable regocijo, de íntima y consoladora satisfacción y de entusiasmo ardiente y generoso, la predilección que nos demuestra el Altísimo, al permitirnos contemplar y tomar parte en uno de los hechos que mas de relieve ponen su infinito amor á la humanidad y singularmente á la porción escogida que constituye la gran familia católica, que abarca en su totalidad los ámbitos del mundo.

Si, León XIII, el angusto prisionero del Vaticano; el anciano inerme y desvalido de todos los poderes de la tierra que acaba de cumplir 92 años, conservando en todo su vigor las poderosas energías intelectuales y morales de la edad viril; el Caudillo esforzado de la Fe y de la Caridad, que en estos tiempos miserables de enervante y envilecedor materialismo ha sabido ahuyentar el error de la inteligencia de los hombres, iluminándola con los soberanos esplendores de las verdades evangélicas, y desterrar el odio de su corazón, ennobleciéndolo con el sublime sentimiento del amor; el Atleta formidable de la justicia y del derecho, que ha subyugado á sus mas osados y potentes enemigos

con la magia invencible de su heroica entereza, no obstante el desamparo á que lo tiene reducido la criminal complicidad de las humanas potestades; esa gigante Figura, en fin, que llena con sus hechos inmortales las páginas de nuestra historia, ha inaugurado felizmente y celebra este año su Jubileo Pontificio entre las aclamaciones de sus fieles y entusiastas hijos, que de todos los puntos de la tierra se congregan en Roma para postrarse á los pies de su augusto y venerable Padre y ofrecerle el rendido homenaje de sus almas.

¡Católicos de Barcelona, católicos españoles! Si España es á los ojos del mundo civilizado la nación católica por excelencia, Barcelona y Cataluña constituyen la aguerrida vanguardia de esta España católica. Nuestro mas preciado timbre de gloria y de grandeza obliganos, pues, ha demostrar á todas las naciones cultas que somos los descendientes legítimos de aquellas huestes invencibles que, en alas de su sentimiento religioso, libertaron la Patria y salvaron á Europa de la barbarie musulmana, trazaron límite infranqueable á la audacia del protestantismo, descubrieron y civilizaron Nuevos Mundos y constituyeron siempre la columna mas firme de la Iglesia.

¡A Roma, pues, católicos españoles! En el próximo octubre espera León XIII recibir nuestro homenaje; así lo ha manifestado El mismo. En la Ciudad Condal, y bajo la égide del preclaro Príncipe que tan gloriosamente rige sus destinos religiosos, se organizará para entonces la Peregrinación, tan ardientemente deseada, constituida en primer término por los fieles de esta Diócesis, á los que podrán agregarse los Católicos de Cataluña y de toda España, cuyos Prelados respectivos no constituyan especiales romerías. Empleemos el verano en fomentar nuestro entusiasmo para que la Peregrinación resulte digna de nuestras insuperables grandezas nacionales, y en falanges nutridas y compactas, y henchido el corazón de sacro fuego, corramos á la Ciudad Eterna, donde quiso el Redentor asentar por los siglos de los siglos la Sede intangible de su Iglesia, postrados á los pies del Anciano venerable que con ansia espera la visita de sus hijos predilectos, quizás para darles su postrer adiós, digámosle con toda la efusión de nuestro pecho:

«Santisimo Padre: Aquí tenéis los católicos de Barcelona, de Cataluña de todas las regiones españolas, que vienen á ofrecer os el testimonio mas sincero de su inquebrantable fidelidad y amor:

á proclamar ante la faz del mundo, y á despecho de la maldita secta, cuya diabólica cabeza habeis quebrantado con el poder de vuestra palabra soberana, que Vos sois el Vicario de Jesucristo y Padre amoroso de las almas, y á daros finalmente otra prueba elocuentísima de que la fe de España, mas firme que las rocas graníticas que constituyen sus ingentes montañas, coronadas y santificadas por los seculares Santuarios que en ellas alzaron nuestros padres, no morirá jamás.»

Barcelona, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, 6 de junio de 1902.—El presidente, Jaime Almera, canónigo.—Los vicepresidentes, Manuel M.^a Pascual de Bofarull, Benigno de Salas.—Los vocales, Ramón Valls, Párroco de Nuestra Señora de la Merced; Ramón Garriga, Párroco de Nuestra Señora del Carmen; Pedro Blasi, beneficiado de Nuestra Señora del Pino; Dionisio Cabot, Luis Cirera, Juan Codina, Pbro.; Delfín Donadiu, catedrático; Ramón de Valls y de Barnola, Domingo Taberner, Francisco de Asis Novelles, Joaquín M.^a Tintoré, Pedro Turull, Ramón M.^a de Sagarra, Alejandro M.^a Pons y Serra, Cayetano Pareja, Cosme Parpal y Marqués, Antonio Martí, Joaquín de Font y de Boter, Modesto Hernández Villaescusa, Félix Vives.—Los Secretarios, Aristides de Artiñano y Zuricalday, Tomás de Aquino Boda.

OBSERVACIONES:

La peregrinación saldrá de Barcelona por tren en la mañana del 16 de octubre próximo, para llegar á Roma el 17 por la tarde.

Permanecerá en Roma nueve días, saliendo de regreso en la mañana del lunes 27 de octubre, para llegar á Barcelona el 28 por la tarde.

Aún cuando no de modo definitivo, el precio del viaje de ida y vuelta de Barcelona á Roma será:

Doscientas cincuenta pesetas en primera clase; ciento setenta pesetas en segunda clase, y ciento cinco pesetas en tercera clase.

Además y si se reúne número suficiente para un coche, habrá asientos de sleeping-car, ó sea coche-cama, con un sobreprecio de ciento cuarenta pesetas desde Cerbere á Roma y viceversa.

Se estudia el medio de combinar que los peregrinos visiten la Santa Casa de Loreto.

Los peregrinos llevarán como distintivo una medalla con el escudo de Nuestra Señora de la Merced.

La Comisión redacta una guía descriptiva del viaje y de los monumentos que han de visitarse.

La medalla y la guía se entregarán antes de partir la peregrinación, abonando los peregrinos el precio de cinco pesetas por ambos objetos.

La Comisión facilitará á los peregrinos que lo deseen datos y referencias sobre alojamiento en Roma.

Cuantos deseen inscribirse, ó adquirir datos, pueden dirigirse á la secretaría de la Comisión de Peregrinación á Roma, establecida en la Asociación de Católicos, calle de la Canuda, núm. 31.

UN NUEVO ALFONSO

LOS REYES ALFONSOS EN CASTILLA Y ARAGON

(Continuación)

En efecto: Alfonso X, si bien se cuidó un poco de la guerra contra los moros, sin embargo sus aspiraciones políticas tendían á unir á su corona castellano-leonesa otras, como las de Navarra y Gascuña, cuyos intentos fracasaron, y sobre todo, á traer á España el cetro del imperio alemán, que logró por fin Carlos I, tres siglos más tarde. Alfonso logró fuera nombrado emperador por los electores imperiales y hubiera ceñido la corona de tal á no haberse opuesto á ello el Papado, las guerras promovidas por el rey de Granada y las constantes sublevaciones de la nobleza. Porque entusiasmado el rey con las empresas exteriores, que no debían ocupar la atención de ningún monarca castellano mientras tuviera en sus tierras el enemigo secular, descuidó su reino.

Y este descuido de su país, produjo nueva guerra civil, como si Castilla estuviera condenada á llorar siempre luchas fratricidas, guerra civil que amargó al monarca, no sólo como rey, sino como padre, pues, vió como la rivalidad y el odio se había apoderado de su familia, produciendo, en ella, dolerosos estragos.

La cuestión dinástica se suscitó de nuevo, con motivo de la muerte del primogénito, del Rey D. Fernando de la Cerda, á quién debía suceder el mayor de sus hijos, según la ley establecida por el propio D. Alfonso, y así hubiera sucedido si la ambición de Sancho no hubiera aguzado á éste para unirse con los nobles turbulentos y pretextando que la legislación

antigua le protegía y era el infante de la Cerda de muy corta edad, obtuvo del rey le declarara heredero suyo, por lo cual los infantes huyeron á Aragón, protegidos por su madre.

La discordia en Castilla fué temible, el hijo peleaba contra Alfonso, los nobles abandonaban á éste, las Cortes deponían al monarca, los partidarios de los Cerdas hacían sus correrías, amargando, tal estado de cosas, la vida de Alfonso que terminó entre penas y dolores, entre sollozos y gemidos, declarándose en su testamento nuevamente impolítico al querer fraccionar de nuevo el Estado de la España central. Afortunadamente los acontecimientos dejaron sin efecto la última voluntad del décimo de los Alfonsos.

Si la historia censurará siempre á este monarca como jefe de Estado, sin embargo, las justas quejas que contra él tenga la ciencia del pasado quedarán inadvertidas al lado de las alabanzas que se le tendrán que tributar como hombre de ciencia, como ilustrado gobernante, cuya corona recogió su hijo Sancho IV, á quién, si se le apellida el *Bravo*, por su arrojo en la guerra y su tesón en las luchas interiores, sucedieron otros dos reyes, cuya menor edad, fué nueva anarquía en Castilla y más aún la de Alfonso XI, á pesar de los esfuerzos de su abuela D.^a María de Molina, cuya prudencia inmortalizó Tirso de Molina, hasta el punto de que dice la Crónica de este rey, que al ser declarado mayor de edad halló el reino muy despoblado porque «los ricos hombres vivían de robos y de tomas que hacían en la tierra y además los tutores echaban muchos pechos desaforados y por estas razones vino gran mermamiento de las villas del reino.»

D. Alfonso supo poner coto á tantos desmanes para bien de Castilla, pues de haber seguido las huellas de su predecesor y no haber vencido las turbulencias que encontró castigando con mano dura á los revoltosos, el reino hubiera caído notablemente y la mayor parte de sus tierras hubieran caído en poder de los africanos, una de cuyas tribus, los Benemerines, pasaron á España para auxiliar á los de Granada, pero encontraron las armas de Castilla, Aragón y Portugal, unidas junto al río Salado, testigo de gran derrota de los enemigos de España, y el rey de Granada y sus auxiliares tuvieron que huir á Africa dejando expedito el paso á las tropas alfonsinas que se apoderaron de algunas plazas andaluzas.

Con este rey, que una vez vencida la anarquía, siguió con mejor fortuna el plan de organización política y administrativa de su bisabuelo, termina la serie de Alfonsos, propiamente castellanos, para no aparecer nuevamente en nuestra

Historia otro monarca con dicho nombre hasta el padre del que hoy reina. Antes de ocuparnos de él precisa, sin embargo, digamos algo de la cultura española en los tiempos de Alfonso X y Alfonso XI y hablemos luego de los reyes catalanes y aragoneses que llevaron tal nombre.

La expansión territorial de los primitivos núcleos de resistencia que hallamos en los primeros tiempos de la reconquista en el N. O., expansión dirigida como era natural hacia el S. dió por resultado que en la meseta central no hubiera temor á invasiones agarenas y nuevas guerras y si bien las hubo civiles, sin embargo, estas no entorpecieron la marcha intelectual progresiva de Castilla, hasta el punto de que se ve en agitadores y turbulentos como el infante D. Juan Manuel, que la «lanza no embotó jamás la pluma, ni la pluma la lanza.» Esto por un lado y luego la unión y el encuentro de distintos elementos de cultura en el territorio castellano, pues al lado del indígena aparece el árabe y el judío, el gallego, el francés y algún tanto el italiano, dan por resultado que la cultura castellana progrese extraordinariamente y tenga un avance portentoso.

Las universidades que hemos visto aparecer ya á comienzos del siglo XIII reciben un gran impulso y los Reyes se preocupan de ellas como se nota en las *Partidas*, en las cuales se dedica todo un título, el 31 de la II, á la organización de las mismas. Se crean otras nuevas, se enriquecen con donativos de libros, se las dota de caudal suficiente para que atiendan con toda amplitud á la enseñanza, se amplían sus estudios y se convierten en focos de saber, en gran parte por la autonomía y privilegios de que disfrutaban, condición precisa para que los centros de enseñanza den todo el fruto que se puede esperar de ellos.

Consecuencia de ello es el gran movimiento científico que se nota en todos los órdenes y ramos de saber; los filósofos árabes y judíos son conocidos y estudiados, el Derecho es mirado con singular predilección, la didáctica toma grandes vuelos, Maimonides y Averroes son familiares á los españoles; D. Alfonso, el Sabio, y su hermano el infante D. Fadrique, traducen el *Pantchatranta* y el *Sendebár*; la astronomía merece la atención de este monarca, que forma en Toledo una especie de Academia constituida por árabes y cristianos y en el observatorio, construido al efecto, se estudia el firmamento, explicando en obras que se publican, las observaciones hechas y haciendo un nuevo cómputo cronológico arreglado al meridiano de Toledo y á la nueva era que se llamó

Alfonsi; la medicina, la farmacia y la botánica son objeto de estudio, florecen naturalistas y la alquimia tiene una importancia tan extraordinaria que todos los naturalistas á ella se dedican en busca de la piedra filosofal ó fabricación del oro, que si no la encuentran, dan materiales con sus experimentaciones para la formación de la química.

COSME PARPAL Y MARQUÉS.

(Se continuará).

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS Y EL CÍRCULO MERCANTIL DE MADRID

(Conclusión)

Esto de la «holganza mística» persistió todavía cuando el liberalismo moderado creyó conveniente reanudar las rotas relaciones con la Iglesia hasta concertar el vigente concordato. El tímido restablecimiento de las Asociaciones Religiosas, no se hizo sin poner el mayor ahinco en que esas Asociaciones se dedicaran á la *vida activa* y á ella se convirtieran, bajo la dirección é inspección de los Venerables Obispos diocesanos, las que, de solo mujeres, y consagradas á la oración y contemplación, quedaron, como por milagro, subsistentes y subsistían á la razón.

A nadie más que á los *gobernantes liberales* se puede atribuir este carácter de *activas* que desde 1851 hasta el día, tomaron en España las comunidades religiosas, pues no de otra manera podrían legalmente mantenerse en el país ¿y ahora esos *gobernantes* y la *opinión pública* que los sostiene en el poder acusan de *activos* á frailes y monjas y los persiguen con leyes fiscales y de policía, temerosos de la concurrencia, de la competencia que dicen hacen á los laicos?

La verdad es que la lógica no aparece por ninguna parte pero ni tampoco la justicia. Comunidades, ni santas, ni voluntarias son los presidios ni galeras; en estos establecimientos penitenciarios hay establecidas diversas y numerosas industrias cuyos productos es bien sabido que no se consumen exclusivamente en las cárceles; y los reglamentos tributarios establecen exenciones, que á pesar de los clamores de un industrialismo laico, egosíta y explotador, nos parecen justificadas. ¡Sólo al fraile se le niega lo que se concede privilegiadamente al presidiario! Y es que en el mundo, los mundanos

mil veces soltarán á Barrabás facineroso, que reconocer y venerar la inocencia del Justo, torciendo el sentido de las leyes ó haciéndolas nuevas para satisfacer el odio sentido y aplacar con su sangre y su ruina la horrible sed de la venganza más irracional.

No resistimos al deseo de divulgar, ya que la ocasión se ofrece, este magnífico texto del protestante Burkue que nos dió á conocer Menéndez Pelayo: «Nosotros los ingleses (dice Burkue á los revolucionarios franceses de quienes toman ejemplo los revolucionarios españoles) si el estado de nuestra Iglesia necesitara alguna reforma no confiaríamos ciertamente á la rapacidad pública ó privada el cuidado de arreglar sus cuentas, ni de fijar sus gastos ó de ordenar la aplicación de sus rentas. Aun no hemos llegado á tanta locura que despojemos á nuestras instituciones (religiosas) del solemne respeto que les es debido. Y en verdad os digo, franceses (y españoles que merecéis bien todas las calamidades que sobre vosotros han caído... Nosotros los políticos ingleses nos avergonzábamos como de una grosera mentira de profesar con los labios una religión que desmintiésemos con las obras... No, nunca miraremos la religión como un instituto heterogéneo y separable, cuya defensa puede tomarse ó dejarse, según convenga á las ideas del momento, sino como verdad eterna y esencial, base y fundamento de la unión indisoluble de los asociados. Jamás toleraríamos que la dotación de nuestra Iglesia se convirtiese en pensiones de la tesorería sujetas á dilaciones y esperas ó reducidas á la nada por las trabas fiscales. No se nos habla de transformar nuestro clero independiente en un cuerpo de eclesiásticos pensionistas del Estado. La Iglesia, en un régimen constitucional, debe ser tan independiente como el rey y como la nobleza y tan estable como la tierra en que se arraiga, no movediza como el Euripo de las acciones y fondos públicos.

Cuidamos mucho de no relajar la religión (como si fuera cosa que avergonzase á quien la ostenta) al fondo de obscuras municipalidades ó de rústicas aldeas. Queremos que en la corte y en el Parlamento ostente el honor de su frente mitrada, queremos encontrarla á nuestro lado en todos los pasos de la vida...»

Otro escritor, nuevo Tácito flajelador implacable de los vicios y crímenes de la sociedad contemporánea, Taine, cuya fama de hombre veraz é historiador diligente, escrupuloso y concienzudo no sufre contradicción, rinde su valioso é imparcial testimonio en favor de las Ordenes Religiosas tan iní-

cuamente vejadas y perseguidas de muerte por los fautores del liberalismo y servidores aun inconscientes de la logia (1).

«Carmelitas, clarisas,—dice refiriéndose á solo Francia— Hijas del Corazón de Jesús, Reparatrices, Hermanas del Santo Sacramento, visitandinas, franciscanas, benedictinas, y otras semejantes, unas 4,000 religiosas son contemplativas. Cartujos, cistercienses, trapenses y algunos otros, unos mil ochocientos religiosos, de los cuales la mayor parte cultiva la tierra, no se imponen el trabajo sino como un ejercicio accesorio (y á pesar de esto, nota oportunamente el Sr. Sanz Escartín, sabido es que han convertido en vergeles verdaderos páramos que hoy contribuyen á aumentar la riqueza social); la plegaria, la meditación, la adoración, son su objeto principal y primero; ellos también emplean su vida en la contemplación del otro mundo, no en el servicio de éste. Pero todos los demás, más de 2,800 hombres y 123,000 mujeres, son bienhechores de institución y trabajadores voluntarios consagrados por su propio arbitrio á tareas peligrosas, repugnantes y cuando menos ingratas, misiones entre los salvajes y los bárbaros, cuidados á los enfermos, á los idiotas, á los dementes, á los inválidos y á los incurables; sostenimiento de ancianos pobres ó de niños abandonados; innumerables obras de asistencia y de educación, enseñanza primaria, servicios de casas de misericordia, asilos, obradores, refugios y prisiones; todo gratuitamente ó á precios ínfimos por la reducción al mínimum de las necesidades físicas y del gasto personal de cada religioso ó religiosa. Evidentemente, en estos hombres y en estas mujeres, el equilibrio ordinario de los motivos determinantes se ha invertido en su balanza interna no vence el amor de sí mismo al amor á los demás; es el amor á los demás el que vence al amor de sí. Examinemos uno cualquiera de sus institutos en el momento en que se forma y veremos como la preponderancia pasa del instituto egoísta al instinto social. Siempre en los orígenes de la obra, se encuentra por de pronto la compasión» ó mejor dicho la caridad que es amor y servicio al prójimo por puro amor y servicio á Dios.

¡He aquí el gran secreto de esas *competencias* que llaman *ruinosas* los comerciantes, los *intermediarios* (entre el productor y el consumidor) á los que no hace mucho acusaba un periódico nada sospechoso de *frailuno* (El *Heraldo de Madrid*) de encarecer en un 36 %, las materias de primera

(1) Puede verse en Sanz y Escartín.—El Estado y la Reforma Social, pág. 268.

necesidad, logrando un beneficio considerable á costa de la salud y la vida de las clases proletarias y de la prosperidad y grandeza de la patria. Y es el exministro conservador señor Villaverde, quien ha comprobado con el estudio de los *index numbers* que «el descenso de los precios (en toda clase de mercancías, recae en las *ventas al por mayor* sin llegar á los consumidores, víctimas de corredores y gremios.»

El egoísmo mercantilista, causa de no pocos trastornos públicos movidos por la horrible sed de oro de usureros, acaparadores y monopolizadores sin entrañas, avivado hoy más que nunca por la absurda *libertad económica* y la preponderancia individualista en la propiedad, ha sido bastante á convertir en la primera clase social á la plutocracia, tirana del pueblo é inverecunda suplantadora de esotras más excelentes aristocracias de la sangre y del talento.

La Bolsa, los Bancos, la grande industria, imponen y dan hoy á las naciones sus gobernantes, que antes se formaban en la gran escuela de la guerra justa y en las Universidades.

¿Cómo este *egoísmo* no ha de temer esa competencia de los que todo lo entregan por amor á su prójimo reservándose una parte mínima del producto de su trabajo, de suerte que, pobres de espíritu, lo son también los bienes materiales aun produciéndolos con abundancia? «En varias (bien puede afirmarse que en todas) comunidades religiosas (dice Keller) (1) el gasto personal de cada individuo no pasa de 300 francos por año; para los trapenses esta cifra es un máximo. Si se estima en 1.000 francos por cabeza (lo que está por bajo de la cifra real) el valor del trabajo útil efectuado por los 160,000 religiosos y religiosas de los institutos activos, el total es de 160 millones de francos por año; si se valúa en 500 francos por cabeza el gasto de cada religioso ó religiosa, el total es de 80 millones por año. Beneficio neto para el público, 80 millones anuales.» ¿Y á los que entregan al pueblo 80 millones de francos ó de pesetas (320 millones de reales al año, casi un millón por día) se les quiere imponer una contribución industrial, igual que á los que no solo no entregan nada (más que la cuota tributaria y eso escatimándola cuanto pueden) sino que procuran acaparar el oro del consumidor, por jugadas de bolsa, coligaciones y otras habilidades que forman lo que llaman *genio comercial, instinto del negocio*, etc.? ¿Dónde están la prudencia política y la justicia?

(1) Lo cita Sanz y Escartín.

El señor Ministro de la Gobernación acogiendo y secundando los deseos del Círculo Mercantil, cree lo más prudente y justo sujetar á la tributación industrial la caridad cristiana en los Religiosos, el sustento espiritual, intelectual y el material del pueblo á quién adoctrina y socorre esa misma caridad. Pues bien, dos economistas que ciertamente serán de gran autoridad para el Sr. Moret y gozan renombre en la escuela liberal, List y Shmit han dicho: el primero, «que los intereses de los comerciantes y los de la nación entera *son esencialmente* distintos»; y el segundo, «que toda proposición, ley nueva ó reglamento que proceda de la clase mercantil, debe siempre acogerse con la mayor desconfianza y no adoptarse sino después de un largo y serio examen en el cual es precisa no ya la más escrupulosas, sino la más recelosa atención».

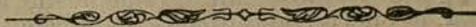
Harto sabemos que nada logrará atenuar esta insensata guerra á las «religiones»; y la voluntad de los enemigos del fraile convertida en *ley* será traba puesta con daño de todos á la perfección cristiana.

Ocasión es de repetir con Bonghi, el diputado liberal italiano que tanto estudió la cuestión que hoy se agita en España: «En esta guerra (á la iglesia en odio al fraile) el Estado se debilita, pues que él mismo no puede organizar en su seno la libertad política y social, sin dar á los ciudadanos manera de hacer inútil directa ó indirectamente una parte notable de su legislación misma. O ésta, mata á la libertad, ó la libertad la mata á ella.»

Este es el porvenir reservado á todas las leyes que inspiradas en la *pasión de partido* y no en la justicia, como dice León XIII, tienden directa ó indirectamente á extinguir de un golpe ó paulatinamente las Ordenes Religiosas, que jurídicamente consideradas, no más descansan en el derecho nacional de asociación.

M. S. A.

(De la *Revista Católica de las Cuestiones Sociales*).



Revista de la Quincena

Mosén Jacinto Verdaguer

Su muerte: la «Quinta Juana».—El poeta.—Honras fúnebres.—La Gran Cruz de Alfonso XII.—¡Descanse en paz!

Toda la quincena actual llénala un sólo acontecimiento; una sola idea, triste, desconsoladora, está posesionada del cerebro; un sentimiento exclusivo, hondo, desolador, invade el alma entera: la muerte de mosén Jacinto Verdaguer, no por prevista menos sensible.

Sacerdote y poeta, ha muerto, como cristiano, en la paz del Señor, y como artista en plena naturaleza, en un pintoresco recodo de Vallvidrera, con mucho aire oxigenado que ya no podía dilatar su pecho enfermo; mucha luz, que ya no reanimaba su lánguida mirada; entre oleadas de saturados efluvios de retama que la naturaleza enviaba, como poética despedida, á quien tanto la enaltecía con los destellos de su numen; y ante el espacio inmenso abarcando la inmensa gloria del poeta moribundo, y el cielo abierto de par en par, dispuesto á recibir su alma bienaventurada.

¡Oh! con haber hecho tanto D. Ramón Miralles en favor de Verdaguer durante la última y prolongada enfermedad del poeta, con haber puesto á su disposición la hermosa quinta de Vallvidrera, más que el favorecedor al favorecido tiene que agradecer el favorecido al favorecedor, porque, aunque parezca paradoja, el favorecedor es el que resulta favorecido. Es el perenne ejemplo que nos legaron los protectores de los grandes ingenios. ¿Quién se acordaría de Mecenas, con haber sido una de las primeras figuras de la política romana, si no hubiese protegido á Horacio y á Virgilio? ¿Quién del conde de Lemos, con haber sido lo que fué, si su nombre no anduviera unido al de Cervantes? Así pues, el nombre de D. Antonio López, primer marqués de Comillas, subsistirá, más que por la fama que á este personaje dieron sus grandes empresas, por la luz de inmortalidad que recibe en la portada de *L'Atlántida*. Pasa la fama del político, la fortuna del banquero, la resonancia del caudillo, la influencia del legislador; hasta los descubrimientos del sabio son relegados al olvido por otros más progresivos descubrimientos. Pero la gloria del poeta; del artista genial, no pasa nunca: su obra perdura.

Al descender por el tortuoso camino que desde Vallvidrera conduce á Barcelona, el cuerpo inanimado de mosén Jacinto Verdaguer, acompañado de algunas docenas de admiradores, para ser expuesto en el Salón de Ciento convertido en capilla ardiente, la tenue luz del alba empezaba á matizar el monte, en una de cuyas lomas descatabase ya claramente la airosa silueta de la «Quinta Juana» donde el nombre del Sr. Miralles, su generoso propietario,

aparecerá siempre unido al del poeta que en ella trocó la gloria terrenal con la eterna.

* * *

Aunque los calificativos de «ilustre poeta», «gran poeta» convienen al glorioso ingenio que acaba de desaparecer, no expresan, sin embargo, todo lo que con ellos expresarse quiere. A Verdaguer, más que poeta con epíteto hay que llamarle por antonomasia «el poeta», con lo cual daremos de su personalidad idea más acabada que la que sugerir puedan retumbantes adjetivos.

Verdaguer es, en efecto, poeta único, en el sentido de que no se parece á nadie. Ni reconoce antecesores, ni deja discípulos. Su poesía es él; sus procedimientos corresponden á su modo de ser. No tiene «manera», no adopta *pose*: es siempre espontáneo. Las oscilaciones de su numen obedecen á los diversos estados de su ánimo. Y porque es espontáneo es siempre grande, así en sus arrostos épicos, como en el sentimentalismo de su lírica y sobre todo en la sinceridad de su misticismo.

Fué poeta en todos los órdenes de la idea y del sentimiento: por esto no hubo de hacer más que exteriorizar sus impresiones para cautivar al lector. Al cantar á Dios, á la Virgen, la naturaleza ó las hazañas ciclópeas de tiempos que fueron, no hubo de rebuscar los efectos para deslumbrar á las masas: le bastó con la contemplación para asimilarse la grandeza objetiva, y con la sinceridad para revelar su propia grandeza. Y como su alma era apta para arder en amor divino, lo mismo que para extasiarse ante la creación y admirar á los gigantescos héroes de la Historia; y su ingenio dúctil para adaptarse á las más variadas formas de expresión, y su estro poético lo iluminaba todo, de aquí que pudiera ser á la vez autor de *Lo somni de Sant Joan* y de *L'Atlántida*, de *Idilis* y *cants místichs* y *Canigó*, de *La mort del escolá* y la *Oda á Barcelona*: flexibilidad que sólo ha otorgado la Providencia á la grandeza de muy contados ingenios.

En el carácter de mosén Jacinto Verdaguer encontramos un factor que conviene tener muy en cuenta: su ingenuidad. Sus cantos carecen de finalidad ó trascendencia determinada; no se propone mover la opinión en tal ó cual sentido. Todo en ellos es poesía y nada más que poesía. Canta lo que ama ó lo que admira, porque se siente poeta, como el pájaro canta la alborada porque tal es su misión en el Universo. Su poesía es toda amor; amor sin mezcla, unas veces contenido en diminuto y cincelado esenciero, como sus estrofas místicas, que saborean en las intimidades de su conciencia las almas delicadas; y otras en esbeltas y ricas ánforas, como sus cantos épicos, que entonarán de una en otra generación las multitudes.

Su lenguaje responde gallardamente á la diversidad de sus aptitudes, y es tan exuberante, flexible, castizo y expresivo, que bien pudo decir el Sr. Menéndez Pelayo que si la generalidad de los escritores catalanes supiera emplear la abundancia de términos de que hace gala Verdaguer y ejercer su dominio sobre el habla catalana, ésta sería una de las más ricas entre las conocidas. Aunque la forma poética fué preferentemente su medio de expresión, acreditóse también como prosista fácil, ameno y elegante en *Dietari d'un pelegrí á la Terra Santa*, el prólogo de su último libro *Flors*

de *Marta* y en algunos otros escritos que merecen ser considerados como obras clásicas del lenguaje catalán.

Tal es, á grandes trazos, el único poeta épico de nuestros tiempos; el místico que nada tiene que envidiar á los insignes castellanos del siglo de oro. No entonará, ciertamente, nuevos cantos; pero los que nos deja repercutirán perennemente, mientras existan generaciones capaces de sentir la belleza.

*

**

La malicia de algunos que se llaman directores de la opinión y la facilidad con que el vulgo acoge todo lo que ofrece el interés de chocante contraste, ha dado cuerpo á la especie de que mosén Jacinto Verdaguer, al igual de otras muchas eminencias, ha necesitado morir para recibir el homenaje debido á su genio. Nada más inexacto. El poeta catalán ha gozado merecida fama universal durante veinticinco ó treinta años, siendo su nombre pronunciado con admiración lo mismo aquí que en el resto de España, y entre los más ilustres literatos del extranjero. Lo que hay es que á nadie se le puede enterrar hasta que ha muerto, y esto es lo que por lo visto ignoran quienes ante la grandiosa manifestación de duelo de que fué objeto el precioso cadáver, echaban en cara á los demás y á sí mismos el no haber rendido antes á Verdaguer tributo de tal magnitud.

Dada la inmensa fama que disfrutó en vida, y el excepcional valor, por todos reconocido, de su obra literaria, nadie pudo dudar de que á su muerte seguiría la apoteosis. Mas convengamos en que la importancia de ésta, con ser merecida por el poeta, superó á toda previsión. La población entera, con todos sus estamentos, estuvo representada en el acto del entierro. Enlutada la ciudad, semejando los faroles fúnebres ciriales; agrupados en las calles del tránsito los que no formaban parte de la comitiva; nutridísima ésta con delegaciones de todos los centros oficiales y asociaciones de todas clases y de diversas ciudades y municipios, y gran número de gentes que sin ostentar representación alguna, querían prestar su personal concurso á la grandeza del acto, desde el linajudo señor hasta el humilde hijo del pueblo; destacando sobre la multitud la carroza de gala que conducía los mortales restos protegidos por los ornamentos sacerdotales; y á la cabeza del imponente cortejo un Ministro de la Corona, venido expresamente para presidir el luctuoso acto por delegación del Gobierno y en nombre de la Reina Madre, la autoridad militar ostentando la representación de S. M. el Rey, nuestro venerable Prelado el Cardenal Casañas, el Gobernador, el Alcalde y el Presidente de la Diputación, así como representantes del Senado y el Congreso: todas las iniciativas tuvieron debida aplicación, y todas las energías se desplegaron para tributar á Verdaguer el homenaje á que era acreedor por múltiples títulos. Y tal resultó este homenaje, que para encontrar otro igual—ha dicho un ilustrado periódico poco sospechoso de fáciles entusiasmos—hay que remontarse á la reseña que nos hacen las crónicas del entierro de Lope de Vega.

Dos notas sentidísimas hay que recoger del día que precedió al del entierro.

Con muy buen acuerdo el Alcalde D. Juan Amat dispuso que

el Salón de Ciento sirviera de capilla ardiente al cadáver de mosén Jacinto Verdaguer, permitiendo que el pueblo desfilara ante el féretro. El concurso fué inmenso, costando gran trabajo durante horas y más horas, contener á quienes pugnaban por entrar antes de que los que llenaban el salón hubiesen podido salir.

Por la noche el «Orfeo Catalá» cantó ante el cadáver un responso del insigne Victoria. Los orfeonistas cantaban llorando, y así resultó conmovedora la dulce melodía. La representación histórica vinculada en el gótico salón, tenuemente bañado por la escasa luz de los hachones sostenidos por candelabros del siglo xvi; las magistrales notas de Victoria brotando de gargantas embargadas por el sentimiento, y el cadáver yacente del grande hombre que tan bien supo sentir todas estas delicadezas á las que para siempre había cerrado los sentidos, hacían percibir algo sublime, que no se olvida.

*
**

Como muestra del gran aprecio en que se tenía á mosén Jacinto Verdaguer en altas esferas, transcribiré los párrafos en que el autorizado corresponsal literario del *Diario de Barcelona* en Madrid, da cuenta de la manera cómo fué concedida al poeta la Gran Cruz de Alfonso XII.

Dice así el referido cronista:

«Me consta que S. M. recibió con dolor la nueva, (la de la muerte de Verdaguer), á pesar de que estaba prevista, porque había indicado con verdadera satisfacción á los ministros su deseo de conceder al autor de *L'Atlántida* la Gran Cruz de Alfonso XII, pues la iniciativa no fué de los ministros, sino del Rey.

Puedo referir lo que ocurrió. Estando D. Angel Urzáiz en Barcelona, publicaron los periódicos los nombres de las ilustres personas á quienes se pensaba conceder las primeras grandes cruces, y en el acto escribió al Sr. Sagasta diciéndole que debía ser incluido el Padre Verdaguer. Al leer Sagasta la carta dijo: «Sí, es verdad. Mañana lo propondré en Consejo.» Un amigo de Moret también le había escrito en el mismo sentido, sin tener noticia de la carta de Urzáiz, y D. Segismundo aceptó la idea con entusiasmo, proponiéndose obtener del Consejo que el gran poeta catalán figurase entre los primeros nombrados. Al reunirse los ministros, Sagasta propuso que se sometiera al Rey el deseo de sus consejeros, aprobándose la idea en el acto. Al día siguiente se reunieron los ministros bajo la presidencia de S. M., y cuando Sagasta se disponía á dar una grata sorpresa á D. Alfonso XIII, noticiándole el acuerdo de la víspera, se encontró con que quien le dió la sorpresa fué el joven Monarca, porque antes de que Sagasta hiciera indicación alguna, se adelantó á participar á los ministros su deseo de que, al crearse la orden, se concediera la gran cruz á un poeta tan eminente como el Padre Verdaguer. Luego, dirigiéndose al conde de Romanones, le preguntó:— Señor ministro, ¿cuándo me pondrá V. á la firma los decretos? Deseo sea cuanto antes, pues tengo empeño en firmar el nombramiento del Padre Verdaguer.— Señor, contestó Romanones, mañana me toca despachar con V. M. y tendré la honra de ponerlos á la firma.—

Con esta respuesta mostróse el Rey muy satisfecho, y se comenzó á hablar de lo que era y significaba el Padre Verdaguer, y con gran sorpresa de todos sus consejeros, D. Alfonso XIII se ocupó en

L' Atlántida y en el carácter de la poesía del ilustre vate catalán, demostrando sus palabras y conceptos que se había enterado por persona competente.

Al llegar al ministerio el señor conde de Romanones le faltó tiempo para hacer sonar los timbres y ordenar que en el acto se extendieran los decretos, según los deseos de S. M., y, como había prometido, los llevó el día siguiente á la firma del Rey.—¿Los trae V., señor ministro?—Aquí están, Señor.—D. Alfonso XIII los firmó con verdadera satisfacción, y después de haberlos firmado, miró sonriendo al señor Sagasta, que estaba presente, y alargándole un papel le dijo:—¿Léalo y dígame qué le parece.—Era el telegrama del Rey al poeta anunciándole que había firmado el decreto concediéndole la Gran Cruz de Alfonso XII.—Sagasta devolvió el papel al Monarca, diciendo emocionado:—Muy bien, Señor; muy bien.»

* * *

Todo acabó. El cuerpo del poeta yace en la tumba bañada por el sol, poetizada por la luna, entre dos inmensidades: el mar y el firmamento. Nacido para la gloria, después de inundar con la suya á nuestra patria, ha pasado á gozar la de Dios. Su última obra es un espléndido ramillete de místicas flores dedicado á la Virgen.

¡Descanse en paz!

JUAN BURGADA y JULIÁ